

Nuestra América: identidad y cultura

Por *Andrés FÁBREGAS PUIG**

NUESTRA AMÉRICA, el ensayo más leído de José Martí, hace referencia enfática a la identidad común de los pueblos americanos. Nacido Martí en el Caribe, es notoria su aguda percepción de que, en medio de la multiculturalidad, re reconoce una identidad común que atraviesa siglos de historia e integra una miríada de pueblos y culturas bajo un techo común. Martí se situó en el pensamiento americanista al vislumbrar la viabilidad de una macroidentidad sin detrimento de la pluralidad cultural. Ése sigue siendo el sendero de la reflexión contemporánea en un mundo que bajo el signo del nuevo colonialismo ha visto la profundización de la desigualdad social y la inequidad en general.

El mundo de José Martí está enmarcado por la variedad de la cultura y los orígenes de las identidades de Nuestra América y de la identidad común que reconocemos en el concepto *Latinoamérica*. El Caribe contemporáneo es el resultado de contrapuntos históricos, como lo señaló Fernando Ortiz, el pionero de la antropología americana, en aquel libro de excelente factura, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940). El Caribe fue también el primer recipiente americano de los distintos estilos de imperialismo y colonialismo que se ensayaron en esta región. En la parte insular no sólo los españoles establecieron colonias, también los ingleses, los franceses, los holandeses y los norteamericanos. El contexto del colonialismo en el Caribe es uno de los más complejos del planeta. Eso mismo dio lugar a que la variedad cultural se profundizara resultando en una de las regiones del mundo en donde con mayor énfasis se presenta la pluriculturalidad y el multilingüismo. Y ello, a su vez, plantea el problema de las identidades en Nuestra América y las transculturaciones como también lo señaló Fernando Ortiz. Este punto es especialmente importante en la discusión de las políticas indigenistas que desarrollaron los Estados nacionales en América Latina en las décadas de 1940 a 1990. Dichas políticas partían del supuesto de que las culturas e identidades de los pueblos originales americanos, los llamados “pueblos indios”, eran resultado de un largo proceso de aculturación en el que habrían perdido sus rasgos propios para adoptar los impuestos por el colonialismo. En la visión de Fernando Ortiz, más que de aculturación, el proceso habría sido de

* Rector de la Universidad Intercultural de Chiapas, México; e-mail: <fapuig@hotmail.com>.

transculturación, es decir, de transformaciones de las identidades y culturas locales, pero sin perder sus rasgos propios. La discusión fue y sigue siendo de la mayor importancia en Nuestra América porque, dependiendo del punto de vista adoptado, se acepta o no la variedad de la cultura como una realidad en nuestras sociedades. En la opinión de indigenistas tan destacados como Gonzalo Aguirre Beltrán —el principal defensor de la teoría de la aculturación—, la variedad de la cultura desaparece al tenor del proceso de aculturación inducido, para arrojar como resultado una población mestiza, portadora de una identidad y una cultura nacionales correspondientes a los diferentes Estados nacionales de Nuestra América. Éste fue el punto de vista en el que se sustentó una política indigenista que propugnó la desaparición de las identidades y culturas originales para sustituirlas por la homogeneidad mestiza. Pero la práctica demostró que la teoría partía de postulados erróneos. El hecho es que en las sociedades latinoamericanas no ha desaparecido la variedad de culturas e identidades; por el contrario, la variedad cultural se ha profundizado.

La situación del Caribe es elocuente ejemplo de que el proceso de globalización cobró un ímpetu definitivo con la expansión del capitalismo bajo la práctica del colonialismo. Europa occidental impuso la lógica de la economía de mercado en todo el planeta, incluyendo dentro de ella relaciones de producción muy diferentes que fueron subordinadas al funcionamiento de la economía capitalista. El mundo actual es resultado de ese proceso —que sigue su curso— en el que han coincidido relaciones sociales de muy diversos orígenes y épocas. De esta manera, en nuestra situación actual es posible encontrar, por ejemplo, relaciones de producción que caracterizaron al esclavismo o al feudalismo, pero ahora bajo la lógica del capital y la economía de mercado. La actual globalización continúa ese proceso de implantación del capitalismo bajo los nuevos contextos del mundo contemporáneo. Para las ciencias sociales dicho proceso exige conocer la dialéctica de esa red de relaciones de producción y la dialéctica de la pluralidad cultural resultante. Así, en el Caribe, para continuar con el ejemplo, la plantación como sistema implicó una dialéctica particular que incluyó a los asalariados y a los campesinos en un contexto sólo explicable desde el proceso de expansión del capital bajo la práctica del colonialismo. La complejidad aumenta si analizamos la plantación de azúcar, por un lado, y la del tabaco, por el otro, aunque ambas forman parte de la modernidad bajo una modalidad *sui generis*: el contexto colonial. Es decir, las relaciones de producción surgidas en el mundo en otros momentos, anteriores al capitalismo y su expansión, fueron incluidas en la

modernidad en el contexto colonial. En este proceso advertimos con claridad la diferencia conceptual y práctica entre las relaciones de producción y el modo de producción. Este último es la forma económica que adopta la sociedad bajo la influencia decisiva de un núcleo de relaciones de producción cuya lógica domina al conjunto, pero no impide que relaciones de producción diferentes estén presentes en la nueva realidad. De esta manera, la plantación en el Caribe es ya una empresa capitalista, aunque se trabaje bajo relaciones de producción esclavistas. El caso de las plantaciones caribeñas se traslada al continente dando como resultado una de las más complejas situaciones de clase del mundo contemporáneo y no sólo en aquella época. En efecto, ya hacia el siglo XVII la población obrera de las plantaciones americanas en general era una de las más complejas y heterogéneas precisamente desde el punto de vista de las culturas y las identidades concurrentes en ella. Allí había miembros de los pueblos originales de América portando la asombrosa variedad cultural que los caracteriza: trabajadores de origen africano y afroantillano, europeos empobrecidos y, por supuesto, trabajadores provenientes de los múltiples mestizajes americanos. Para el siglo XVII, todos los elementos que caracterizan a la modernidad estaban presentes en América, pero bajo el peculiar contexto del colonialismo. Este hecho permitía la coexistencia de relaciones de producción de varios tipos: desde las que caracterizaban a las comunidades originales, pasando por las esclavistas y feudales, hasta las asalariadas. Un calidoscopio de complejidades. A esta situación correspondió un variado contexto de identidades culturales forjadas en el mundo. Así, uno de los primeros resultados de la globalización en Nuestra América fue la formación de una amplísima gama de culturas autóctonas y europeas en convivencia. Por esa razón, es incorrecto hablar de un solo mestizaje puesto que lo ocurrido resultó en múltiples procesos de transculturación. En todo el mundo colonial acaecieron estos procesos, modificando radicalmente los territorios étnicos y culturales originales. En las regiones coloniales esa impronta está presente en la formación de los Estados nacionales. En otras palabras, la expansión del capital bajo la práctica del colonialismo es el proceso por el cual se globaliza el mundo y se profundiza la variedad de la cultura. Al intento de homogeneización económica de la lógica de mercado le corresponde la formación de un mosaico interminable de variedad cultural y de identidades. En la conformación de las identidades culturales está una de las claves dialécticas más importantes para comprender el proceso de globalización y sus resultados. En efecto, mientras la lógica de la economía capitalista actúa globalizando, las identidades culturales afian-

zan lo local. Esta expansión ha ocurrido, y continúa ocurriendo, en el marco de un contrapunto entre macrointegraciones y fragmentaciones. A cada formación imperial como la que España logró integrar desde el siglo XVI, le correspondió una multitud de Estados nacionales. Recientemente, en las décadas finales del siglo XX, el escenario internacional se alteró profundamente con la emergencia de nuevos Estados nacionales, justo cuando se anunciaba el fin de la nación y de las identidades.

La formación regional que resultó de los contextos comentados es base de la actual y de la conformación de los Estados nacionales en el siglo XIX en América Latina, y las regionalizaciones particulares de estos últimos. Si quisiéramos expresarlo con brevedad, diríamos que las regiones americanas son el recipiente de la variedad cultural y de las historias particulares que, al converger en contextos concretos, han forjado a los Estados nacionales. En ese tenor, la importancia de entender a cabalidad las guerras de independencia radica en que en esos momentos y esa época se fijan las identidades culturales que distinguirán a cada formación nacional y se establecen las fronteras externas e internas de los Estados nacionales resultantes. Me parece que debemos situar esos momentos dentro del proceso general de resultados producidos por el colonialismo y las respuestas que las sociedades han dado para contrarrestarlo. Una compleja dialéctica de esta historia se nos presenta como objeto de análisis y de explicación. Pero señalemos de entrada una constante: a mayor profundización del proceso de globalización, mayor es la emergencia de las particularidades locales y regionales, sobre todo, en términos de identidades culturales. En las ciudades del mundo contemporáneo, la variedad de la cultura se profundiza cotidianamente y surgen nuevas identidades y alteridades que se unen al mosaico cultural. Por ello, una exigencia para la antropología contemporánea en particular, y para las ciencias sociales en general, es contribuir al conocimiento de los microprocesos que forjan nuevas culturas e identidades, en un escenario de globalización. Ésta es la complejidad que exige explicación. La cuestión de las identidades adquiere una importancia central porque es una respuesta al intento de homogeneizar el mundo implícito en el concepto y la práctica de la globalización. Una cosa es fomentar la interconexión entre los pueblos del mundo y el diálogo creativo, y otra tratar de imponer una homogeneidad imposible. Los procesos de surgimiento y afirmación de identidades locales proseguirán porque en la naturaleza humana está ser variada. A esos procesos les corresponden mecanismos de integración, como ocurre en los Estados nacionales, que contrarrestan la fragmentación de las

sociedades pero que no suprimen la variedad de identidades y de culturas.

Si regresamos nuestra mirada a los primeros momentos de la implantación del colonialismo en Nuestra América, el problema analítico de las identidades culturales adquiere mayor relevancia. En esos años formativos de los territorios coloniales en el mundo en general y en América en particular, se localizan los contextos de las protoidentidades no sólo de los futuros Estados nacionales sino de las diferenciaciones internas de éstos. Por ejemplo, en México el Estado español (¿o deberíamos decir castellano?) implantó una serie de divisiones político-administrativas que son, al mismo tiempo, los primeros ámbitos de forja de las identidades culturales regionales, proceso que aún no entendemos a cabalidad. Me refiero a que todavía falta por determinar esa correspondencia entre unidades político-administrativas e identidades y culturas particulares surgidas en los territorios coloniales. Es decir, tomando el siguiente ejemplo, ¿correspondió a la Nueva España una identidad integradora? La misma pregunta es válida para todas las divisiones político-administrativas coloniales como la Nueva Galicia (¿existió una identidad novo-gallega?), la Nueva Santander, el Nuevo León y así sucesivamente. La misma pregunta es aplicable a todos los ámbitos político-administrativos surgidos en Nuestra América como resultado de las prácticas colonialistas. La pregunta puede plantearse también en términos temporales: ¿el proceso general de mestizaje tuvo tiempo suficiente para concretarse en nuevas identidades en el marco de las unidades político-administrativas coloniales? Como quiera que sea, esos ámbitos político-administrativos le situaron fronteras al mestizaje y a los procesos de diversificación cultural, prefigurando las regiones actuales. En aquellas primeras divisiones político-administrativas es posible localizar las primeras formas locales de poder, los círculos de interés que apuntalaron los procesos de consolidación de los grupos de dominio por un lado, y de identidades culturales locales por el otro. Es importante recalcar que los círculos de poder remarcaron las fronteras prorregionales en términos de sus intereses, erigiéndose también como “defensores” de las identidades y las culturas que se prefiguraron en esos procesos. La situación es generalizable a todo el mundo colonial de la época que se conformaba al tenor de la expansión del capital bajo la práctica del colonialismo.¹ Por supuesto que una de las complejidades mayores es el análisis, comprensión y expli-

¹ De esta situación se desprende la necesidad de establecer un macro proyecto comparativo de la situación colonial como resultado de la globalización.

cación de los mundos identitarios forjados en los ámbitos comentados, incluyendo los procesos que transformaron en regiones o en Estados nacionales a esos ámbitos. Si retornamos a la plantación caribeña, por ejemplo, Sydney Mintz plantea la existencia de una “cultura del azúcar” o, como lo expresa Miguel Barnett, “una cultura que generó el mundo del azúcar”.² Aquí confluyeron no sólo el hombre negro africano, sino el mulato afroantillano, el blanco asalariado y diferentes sectores de la población. El caso es que el ingenio (o la central, como se le nombra en el Caribe) es el contexto que propició la articulación de mundos culturales que se integraron en la cultura cubana. Es decir, en el ingenio se localiza el primer laboratorio de la nacionalidad cubana que en el transcurso del tiempo incluyó otros elementos como el juego de pelota y el tabaco. Es posible llegar a una conclusión similar a través del análisis que, en pleno siglo xx, hicieron Julian Steward y sus discípulos en Puerto Rico, entre quienes se encontraban Sydney Mintz, John Murra y Eric Wolf. La plantación, como una forma empresarial generada por el colonialismo, incubó y forjó varias nacionalidades del Caribe. Lo mismo podemos afirmar de la hacienda en sus múltiples formas y concreciones regionales americanas.

En México, el contexto se transforma en regional y aquí la plantación de caña de azúcar que viene de los años coloniales se combinaría en el transcurso del tiempo con el juego de pelota, ambos elementos son clave en la emergencia de identidades particulares, como la jarocho (Veracruz). Siguiendo con el ejemplo mexicano, la introducción de la ganadería fue un apoyo y un incentivo para la expansión castellana en general, el establecimiento de fronteras internas y la forja de la identidad ranchera, tan importante en el país. El corrimiento de la frontera ganadera fue forjando el territorio nacional mexicano al mismo tiempo que la economía se regionalizaba como resultado de múltiples combinaciones que devinieron en contextos concretos del proceso productivo. Así, la ganadería se articuló con la minería y con la agricultura en regiones específicas, mientras en otras conformó el eje del proceso productivo subordinando a la agricultura. En regiones como Los Altos de Jalisco, la ganadería se erigió no sólo en la actividad productiva dominante sino en la que proporcionó los símbolos y los elementos culturales que le dieron a esa región un perfil propio. En otras latitudes,

² Véanse Sydney Mintz, “La cultura del azúcar”, *Catauro* (La Habana, Fundación Fernando Ortiz), año 6, núm. 11 (2005), pp. 138-143; Miguel Barnett, “La cultura que generó el mundo del azúcar”, *ibid.*, pp. 6-15; y Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Enrico Mario Santi, ed. crítica, Madrid, Cátedra, 2002 (*Letras Hispánicas*).

como el noreste del país, el pastoreo desempeñó una función clave tanto en la forja de una economía regional como en la configuración de las identidades. En otros contextos y latitudes americanas, Centroamérica por ejemplo, cultivos como el de la grana integraron redes de relaciones, formas culturales y, por supuesto, círculos de poder que vendrían a forjar los ámbitos nacionales. La grana y su cultivo se constituyeron en el centro de una economía de mercado que subordinó a su lógica la agricultura de autoconsumo que, al mismo tiempo, continuó siendo fuente del simbolismo cultural y de la alimentación popular. Alrededor del cultivo del café se constituyó un proceso similar a fines del siglo XIX en varias regiones americanas, incluyendo a países enteros como El Salvador. La multiplicidad de procesos productivos se integró a través del mercado, beneficiando a los detentadores del capital y del poder político. Las identidades culturales emergieron como respuesta concreta a los procesos de transformación del entorno natural en medio de un muy complejo marco de relaciones de producción y de formas de control político. En otras palabras, las ecologías culturales políticas se forjaron a lo largo de procesos que configuraron a los actuales Estados nacionales. En otras regiones de Nuestra América, la función desempeñada por el azúcar o la ganadería la realizó la minería, actividad en la que concurrieron los diversos estratos de una abigarrada población. Allí están los casos de Bolivia y Perú, de gran actualidad, o las regiones mineras mexicanas. Sin proponérselo, el colonialismo fue el incubador de los nacionalismos cultivados por los círculos de poder que se afianzaron durante las luchas de independencia y tomaron el control de los Estados nacionales resultantes. En ese proceso se localiza la forja de las identidades nacionales que integraron e integran a la multitud de identidades locales formadas en los ámbitos regionales.

Puntos de partida, resultados y respuestas al colonialismo, forja de identidades sociales y suprarregionales, integraciones culturales y nuevas identidades, todo ello es el resultado de la globalización bajo la práctica del colonialismo. El colonialismo originó los contextos más complejos de la globalización porque incluyó una variedad importante de relaciones de producción que fueron subordinadas a la lógica de la economía de mercado. Al mismo tiempo, las respuestas culturales enfatizaron la formación, a cual más compleja, de ámbitos regionales que devinieron en el mosaico de culturas y lenguas que caracteriza la actualidad americana. Los contextos y situaciones surgidos de la implantación de los regímenes coloniales adquirieron dinámicas propias cuyos resultados llegan a nuestros días. El entrecruce de culturas profundizó la variedad cultural y situó en los primeros planos la cuestión de

las identidades. En todo el planeta, la gran mayoría de las colonias devinieron en Estados nacionales que presentan una gama muy amplia de formas de poder y de gobierno así como de identidades culturales. Las fronteras externas se consolidaron delimitando los territorios de los Estados nacionales sin que ello evitara la regionalización interna de los mismos y el surgimiento de fronteras culturales y políticas. Los procesos históricos han seguido su curso. Las identidades y las culturas no son esencias estacionadas en el tiempo, sino formas en movimiento. La globalización continúa ocurriendo bajo la práctica del colonialismo y genera diversas respuestas y contradicciones. La forja de nuevas identidades culturales es cotidiana y profundiza la variedad humana. Pero la globalización también acentúa la desigualdad social y genera el mayor desplazamiento poblacional en la historia humana, conocido como migración. Ésta, a su vez, promueve o propicia la formación de nuevas identidades culturales como ocurre en la Europa contemporánea o en Estados Unidos.³ Las poblaciones de los antiguos territorios coloniales, impelidas por las condiciones generadas por el nuevo colonialismo, se están volcando en los países de tradición imperial provocando cambios profundos y procesos de transculturación y transregionalización. Uno de los resultados más obvios de esta fase de la globalización es la proliferación de nuevas identidades, fusiones y mestizajes emergidos en el contexto de las migraciones. En estos macroprocesos se localiza la mayor respuesta de los pueblos a la globalización. Ésta no ocurrirá sólo desde las metrópolis, sino también desde el mundo bajo control colonial. Contradicciones de la particular dialéctica de la historia contemporánea, estos procesos conforman el mayor desafío a las formas y estructuras de dominación actuales, como lo muestran los acontecimientos cotidianos del mundo. De nuevo, la forja de identidades culturales locales, resultado de transculturaciones y de mestizajes, se erige como el proceso que contradice la globalización económica. Si la globalización económica impuesta por la modernidad niega la variedad, la proliferación de identidades culturales la afirma. En esta dialéctica se mueve la historia contemporánea.

La migración genera nuevos contextos de variedad identitaria y cultural, conformando micromundos que también fragmentan las sociedades actuales debido a la existencia de la desigualdad social. Es un error desvincular el análisis de la variedad identitaria y cultural del de la desigualdad social. Los movimientos migratorios portan reclamos vin-

³ Véase Andrés Fábregas Puig, *Si se puede: etnografía de una semana en California*, Tuxtla Gutiérrez, Viento al Hombro, 2006.

culados, precisamente, a los problemas generados por la desigualdad social. Esa dinámica contestataria, exhibida por los emigrantes a lo largo y ancho del planeta, apunta hacia las seculares injusticias del mundo y llama la atención hacia la profundización de las desigualdades entre la oligarquía que protagoniza la expansión del capital bajo la práctica del colonialismo y los pueblos y culturas que lo resisten. Por ello, me parece que no es exagerado o erróneo afirmar que los movimientos migratorios actuales incuban el mayor potencial de cambios sociales en respuesta a los resultados negativos de la globalización. En este contexto está situada la relación entre cultura e identidad en el mundo actual. Tan es así que los pueblos de Europa están cambiando sus contenidos culturales, incluyendo usos lingüísticos, creencias religiosas y prácticas gastronómicas. Es un proceso que en Estados Unidos está perfilando a una nueva sociedad en medio de profundas contradicciones, como lo muestran las actuales campañas políticas de intenso forcejeo por lograr la presidencia.

Con sus observaciones “en las entrañas del monstruo” mientras vivía en la ciudad de Nueva York y con su intensa participación en la vida de nuestros pueblos, José Martí posibilitó la continuidad del pensamiento americanista y la elaboración de un punto de vista sobre el mundo hecho con visiones propias. Lo hizo, por supuesto, con otros términos, distintos a los que usamos hoy, porque la manifestación concreta de los fenómenos era diferente. Martí observó con aguda visión el mundo caribeño y sus entornos, desde allí entendió el complejo mosaico social y cultural de lo que él llamó con propiedad “Nuestra América”. Entendió que la consolidación de los Estados nacionales era necesaria para forjar identidades y lealtades contracoloniales, propicias a integrarse a la Gran Hermandad Americana a la que convocaran Simón Bolívar y los pensadores más sobresalientes de la región. La explicación de la cuestión de la cultura y de la identidad en el mundo actual pasa por la explicación del colonialismo como el instrumento usado por el capital para expandir la economía y la sociedad de mercado a todo el planeta. En ese proceso, se profundizó la variedad de la cultura como una respuesta contradictoria al plan de homogeneizar al mundo e incluirlo no sólo dentro de una sola lógica económica, sino dentro de una sola cultura global. Sigue siendo ésta una cuestión esencial, como lo constatamos con sólo leer los periódicos. La vocación imperial del capital lejos de estar agotada ha cobrado nuevos ímpetus y ha situado en los primeros planos de importancia a la cultura y la identidad, ambas en sus múltiples dimensiones y contextos. Si alguna respuesta alternativa ha encontrado el proceso de globalización, tal como ocurre

en la realidad (valga la redundancia), es en el terreno de la variedad de la cultura y de la identidad.

En ese escenario descrito, el análisis de las culturas concretas y de las identidades que generan adquiere mayor relevancia. En esos micromundos elaborados por miles de pueblos y grupos humanos se encuentra el mayor ensayo de una globalización diferente, que propicie el encuentro fructífero en contextos de equidad, sin detrimento de los caminos creativos que cada pueblo ha escogido. Cada cultura es un mundo creado como resultado de las capacidades humanas coartadas por la existencia de la desigualdad social y los intereses que privilegian el bienestar de los grupos de dominio que usufructúan los bienes comunes. La cultura y la identidad están sujetas, por ello mismo, a la manipulación y al manejo interesado en sociedades como las contemporáneas en las que los abismos de la desigualdad son cada vez más profundos. Huelga decir que en este proceso de esfuerzo por borrar la variedad cultural los medios masivos de comunicación, tan identificados con los círculos de poder, desempeñan un papel destacado.

La economía de mercado o la formación económica capitalista es la única que, hasta ahora, logró imponer su lógica en todo el planeta. A partir de su expansión desde Europa occidental, el capitalismo usó al colonialismo como un instrumento para incluir a los pueblos y culturas del mundo. El proyecto de convertir a todo el planeta en un símil cultural de Europa occidental acompañó esta expansión. Por ello, en todas las formaciones coloniales conocidas se atacaron las lenguas locales, los mundos de pensamiento concretos, las culturas en todas sus expresiones, para suprimir la variedad y sustituirla por un mundo feliz, de un solo y acrítico rostro. Pero no ha resultado así. La mayor y más efectiva resistencia a un mundo globalizado en la desigualdad social ha sido la forja constante de culturas e identidades que, por otro lado, han logrado integrarse dentro de la variedad. La antropología en particular —como ciencia preocupada por crear conocimiento acerca de la cultura— y las ciencias sociales en general tienen ante sí un poderoso desafío para comprender estos procesos de emergencia de culturas e identidades en el mundo contemporáneo y de los mecanismos que, al margen de la globalización, logran integrar la fragmentación. Nuestra América sigue siendo una posibilidad, una realidad viable, precisamente porque existen esos micromundos capaces de establecer integraciones desde la diferencia. La relación entre cultura e identidad en el mundo actual se comprende y explica desde esos procesos locales que integran regiones y naciones, y permiten la articulación de la variedad manteniendo abierta la posibilidad de establecer las relaciones entre

personas, pueblos y culturas en un marco distinto de equidad y reconocimiento de las capacidades creativas que caracterizan a la humanidad en su conjunto.

José Martí se preocupó por entender los múltiples y complejos procesos por los que Nuestra América ha pasado en la elaboración de las identidades que sustentaron los proyectos resultantes en Estados nacionales. La complejidad radica en que cada Estado nacional es recipiente de múltiples historias particulares que se articularon entre sí a través de la resistencia al sistema colonial primero, y a la globalización contemporánea después. La noción de “Nuestra América” invoca la posibilidad de una identificación integradora que se sustenta, precisamente, en la propia diversidad. El genio de Martí logró ver el proceso no obstante la complejidad y la diversidad de las historias particulares que dieron nacimiento a los Estados nacionales. En el escenario contemporáneo la cuestión de las identidades y de las culturas ha adquirido una presencia significativa, dada la importancia de los movimientos de reivindicación, especialmente los que han encabezado los pueblos indígenas. Estos movimientos en América Latina han revelado un inusitado mosaico de culturas al que se suman las poblaciones mestizas y las constantes inmigraciones venidas de diferentes rincones del planeta. Cultura e identidad se han transformado en indicadores imprescindibles para situar a los pueblos concretos no sólo en contraste con otros pueblos sino ante sí mismos. En el análisis de la situación mundial contemporánea, las categorías de cultura e identidad han adquirido relevancia porque constituyen respuestas concretas, en contextos concretos, a los procesos puestos en marcha por la globalización. El internacionalismo latinoamericano se elabora desde las identidades y las culturas propias, precisamente porque desde esas perspectivas se entienden con claridad los enlaces históricos de pueblos que provienen de luchas contracoloniales. No existe territorio alguno de América Latina que no haya transitado por ese camino de resistencia anticolonial, que forjó las identidades y las culturas que conforman su gran mosaico humano. Al invocar la posibilidad de Nuestra América, José Martí se situó en la perspectiva correcta, la visión que hoy nos permite afirmar que el destino común de nuestros pueblos es una potencialidad de la propia variedad cultural e identitaria. La variedad es nuestra mayor fortaleza, mientras la desigualdad social es nuestra mayor flaqueza. Si Nuestra América es la Casa Común es porque cabemos todas las culturas y todas las identidades elaboradas a lo largo de siglos de historia que bien podemos llamar americana.